

Manuel González Prada y Víctor Raúl Haya de la Torre. De la democracia liberal al nacionalismo radical*

César Germaná

El nacionalismo democrático radical propugnado por Víctor Raúl Haya de la Torre en los años treinta es, sin lugar a dudas, la corriente política principal del Perú del siglo XX que asumió como propia la herencia intelectual de Manuel González Prada. En este sentido, no es casual que diversos escritores vinculados al Partido Aprista Peruano hayan reivindicado la obra del autor de *Páginas libres* como el punto de partida de una tradición intelectual marcada por la búsqueda de caminos conducentes a la construcción de la nación peruana. Quizás quien con mayor fervor resaltó la incorporación de ese legado iconoclasta a la tradición aprista fue Luis Alberto Sánchez¹. Esta vinculación la establece con bastante claridad en su última biografía de González Prada: «De Horas de lucha nacería en gran parte el APRA; de *Páginas libres*, las Universidades Populares de González Prada»². O también, cuando afirma, de manera rotunda, en el mismo libro: «Por su constante rechazo al predominio de una sola clase, para evitar su dictadura, y por su homologación del trabajo intelectual con el manual, sería necio negar la vinculación del pensamiento de Prada y las páginas de *El antimperialismo* y *el APRA* de Haya de la Torre (1936)»³. Por otro lado, es necesario anotar que los dirigentes apristas y, en primer lugar, Haya de la

* Ponencia presentada en el Colloque Internacional Manuel González Prada a Bordeaux, Université Michel de Montaigne - Bordeaux 3, 20-22 de enero de 2005.

¹ Luis Alberto Sánchez ha trabajado ampliamente sobre la vida y la obra de González Prada. Con sus biografías *Don Manuel: biografía de Manuel González Prada, precursor de la revolución peruana* Lima: Librería Francesa Científica F. y E. Rosay, 1930) y *Nuestras vidas son los ríos... Historia y leyenda de los González Prada* (Lima: Fundación del Banco de Comercio, 1986) y la publicación de varios libros inéditos y sus obras completas, Sánchez ha sido uno de los escritores que mayor impulso ha dado al conocimiento de la obra de González Prada

² *Op. cit.*: 295.

³ Luis Alberto Sánchez: *Nuestra vida son los ríos...*, *op. cit.*: 411.

Torre, se consideraban discípulos de González Prada⁴, al que llamaban el Maestro, y juzgaban al Apra como «la ideología política continuadora del pensamiento de Prada»⁵. En un estudio muy favorable al partido aprista, donde se examina el pensamiento político de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre, Eugenio Chang Rodríguez concluye que el pensamiento de Haya de la Torre es la culminación de la labor comenzada por González Prada⁶.

En este ensayo, quisiera explorar el sentido de las relaciones entre las preocupaciones intelectuales de González Prada y los análisis sociales y políticos de Haya de la Torre realizados en los años treinta. Mi punto de partida es la certera afirmación de José Carlos Mariátegui, cuando en los *7 ensayos de interpretación de la realidad nacional* escribe que en la obra de González Prada no «encontramos una doctrina ni un programa propiamente dichos», pues «fue más literato que político»⁷. Ahora bien, siendo fundamentalmente cierta esta aseveración, pues en la obra de González Prada no aparece un análisis sistemático de la sociedad peruana y una propuesta ordenada para su transformación, no podemos dejar de lado el conjunto de reflexiones y de intuiciones desplegadas en discursos y artículos sobre la naturaleza social del Perú y la necesidad de una profunda revolución. Su obra ha constituido, por esta razón, el punto de partida del desarrollo de una conciencia moderna del Perú, cristalizada de manera ejemplar, posteriormente, en los análisis sociales y políticos de la generación de escritores de los años veinte, la «nueva generación». Estos intelectuales heredaron de González Prada «el germen del nuevo espíritu nacional» y lo desarrollaron por diferentes vías, desde el socialismo de Mariátegui y el indigenismo de Luis E. Valcárcel hasta el nacionalismo radical de Haya de la Torre. Ciertamente, como queremos mostrar en este trabajo, el aprismo de los años treinta fue la corriente política e ideológica más afín con el pensamiento de González Prada. En *El antimperialismo y el Apra* de Haya de la Torre, se plasmará teórica y políticamente la nueva conciencia, sostenida por González Prada desde los dos últimos decenios del siglo XIX, de la necesaria cons-

⁴ Por ejemplo, F. Cossío del Pomar considera a Haya de la Torre como uno de los discípulos de González Prada y cita el discurso de Haya de la Torre en 1922 dando el nombre del Maestro a las Universidades Populares del país: «La reacción quiso silenciar el nombre de González Prada, pero en estas aulas proletarias tiene desde hoy su mejor monumento», *Haya de la Torre. El indoamericano*, Lima: Nuevo Día, 1946: 55.

⁵ *Op. cit.*: 410.

⁶ Eugenio Chang Rodríguez. *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*. México: Ediciones Andrea, 1957.

⁷ José Carlos Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta, 1969: 258.

trucción de una nación peruana moderna, democrática y autónoma. Las esperanzas de González Prada encontrarán en Haya de la Torre de los años treinta del siglo XX a su más importante continuador⁸.

I

Para comprender los vínculos intelectuales y políticos entre González Prada y Haya de la Torre comenzaré por señalar algunos de los elementos claves del contexto histórico-social del Perú hacia fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

En los últimos años del siglo XIX se establecieron las bases económicas y políticas que iban a posibilitar la consolidación de la sociedad oligárquica en los dos decenios siguientes. Por un lado, la reinserción de la economía peruana en la economía internacional, con la exportación de productos primarios (mineros, agrícolas y ganaderos) para satisfacer la demanda externa en rápida expansión, lo que estableció un suelo firme para la modernización capitalista. De otro, la derrota del «segundo militarismo» (1884-1894) en la guerra civil de 1894-1895, lo que permitió la rápida institucionalización del poder administrativo y, de esta manera, el inicio de uno de los periodos de mayor estabilidad política en la historia del Perú. Ambos procesos pusieron en evidencia el papel clave desempeñado por el capital imperialista, en la modernización del sector económico vinculado a la exportación, y por la oligarquía, en la formación de un Estado centralizado⁹.

El proceso de implantación del capital imperialista en el Perú, se inició en la última década del siglo XIX y una de las principales consecuencias de este hecho fue la profunda reorganización de la economía precapitalista existente en el país, incapaz –por su atraso y secular estancamiento– de oponerle resistencia. Entre 1890 y 1914, se establecieron las cuatro más grandes corporaciones imperialistas que controlarían los sectores claves de la economía de exportación (producción agrícola y minera). De esta manera, se implantaron en el Perú relaciones de producción capitalistas sólidas y estables en medio de una vasta economía precapitalista. Este proceso

⁸ Es posible considerar tres momentos principales en el desarrollo del pensamiento de Haya de la Torre. Un primer momento (1924-1939) estuvo marcado por el radicalismo democrático nacionalista como propuesta de una «revolución social, no socialista». El segundo momento (1940-1955) tiene como tónica dominante la paulatina depuración de los planteamientos más radicales del periodo anterior; aunque esa reelaboración crítica no se traduce en el desarrollo sistemático de una alternativa programática que remplace el radicalismo democrático previo. El tercer momento (1955-1979) se caracteriza por el desarrollo de una propuesta social-demócrata de un Estado social de derecho.

⁹ Los cambios económicos de ese periodo son estudiados por R. Thorp y G. Bertran en *Perú: 1890-1977. Crecimiento y políticas en una economía abierta*. Lima: Mosca Azul Editores, 1985. Parte II.

determinó una característica relación entre ambas economías constituyendo lo que Aníbal Quijano ha denominado «modelo de acumulación semicolonial»¹⁰.

Al tiempo de constituirse las bases de una economía semi-colonial aparecían los fundamentos de un Estado centralizado. A mediados del siglo XIX ya habían surgido los primeros indicios de una evolución en la dirección de la formación de un Estado moderno; sin embargo, esa posibilidad se frustró por la derrota del Perú en la llamada «guerra del Pacífico» (1879-1884). En el periodo siguiente, cuando se recomponen las estructuras estatales, éstas tendrían características diferentes, determinadas en lo fundamental por el nuevo sistema de poder. La burguesía local –clase cuyos intereses principales estaban vinculados a la economía de exportación– logró establecer un sistema de alianzas tanto con la burguesía imperialista como con los terratenientes precapitalistas. Sobre esa base de intereses se reorganizó el poder político¹¹. En consecuencia, el Estado sería oligárquico y dependiente: oligárquico en la medida en que expresaba únicamente los intereses de la clase dominante, y en este sentido negaba en la realidad la proclamación formal de los principios democrático-liberales, pues excluía política y socialmente a la población mayoritaria del país, la población indígena; dependiente, en la medida en que garantizaba la dominación del capital extranjero sobre la sociedad nacional, y en este sentido, negaba la pretensión del Estado a la independencia política.

A pesar de la creciente modernización del sistema económico y del sistema político, la sociedad seguía manteniendo las características del orden colonial en el que se había formado. La vida social giraba alrededor de la hacienda. Esta no solamente era una unidad de producción agrícola sino, además, una verdadera institución social: la célula básica del orden social oligárquico. Era el fundamento del poder y del prestigio de la oligarquía: el hacendado era dueño de grandes extensiones de tierra y señor de muchos hombres y de sus familias. Este sistema señorial –más bien que feudal– se organizaba sobre el modelo de la clientela o del «compadrazgo»¹². Se trataba de una relación personal entre el campesino indio y el hacendado donde se tejían vínculos espirituales con motivo de un bautizo, de una confirma-

¹⁰ Aníbal Quijano. *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú: 1890-1930*. Lima: Mosca Azul Editores, 1985: 26-36.

¹¹ Julio Cotler examina el proceso de reorganización del poder en el Perú durante ese periodo en *Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: IEP, 1978. Cap. 3.

¹² Un análisis global del sistema de dominación en las regiones precapitalistas del Perú se encuentra en: M. Sarfatti y A. Aisen. *Social Stratification in Peru*. Berkeley: University of California, 1969: 40-45.

ción o de un matrimonio e implicaban obligaciones recíprocas –aunque asimétricas– entre el padrino y el ahijado o entre los propios compadres. Esta situación reforzaba la lealtad del campesino indio hacia el hacendado e impedía que se establecieran relaciones horizontales entre ellos limitando la posibilidad del desarrollo de una conciencia social autónoma. Se ha señalado que este tipo de relación clientelística se reproducía en las ciudades. A pesar de la imagen de modernidad que éstas ofrecían, es posible mostrar cómo los empleados de los servicios del Estado o de las actividades financieras, bancarias o comerciales mantenían con sus patrones –en general los miembros de la oligarquía– el mismo tipo de relación personal existente en la hacienda. Este hecho explicaría la facilidad con la que las clases dominadas hicieron suyo los modelos de vida y de comportamiento de la clase dominante.

Si se tiene en consideración las ideas anteriores, se puede advertir el carácter incompleto del proceso de modernización del Perú durante el periodo de la dominación oligárquica. En efecto, los cambios operados hacia fines del siglo XIX no condujeron a una total diferenciación funcional del sistema social (surgimiento de un sistema económico capitalísticamente depurado y de un Estado organizado burocráticamente) ni a la destradicionalización de las relaciones intersubjetivas. La sociedad tradicional seguía vigente en el conjunto de la vida social, pues no se habían desmoronado completamente las imágenes premodernas del mundo ni las formas de estratificación cerradas, las que a su vez impedían la movilidad social horizontal o vertical. Por ello, cuando la propia dinámica del orden social oligárquico generó amplios conflictos sociales, políticos y culturales los mecanismos tradicionales de control resultaron insuficientes y el edificio social empezó a resquebrajarse.

Dos características pueden resumir la situación de ese periodo. Con anterioridad a la Primera Guerra Mundial el capitalismo estadounidense había comenzado a penetrar en la economía peruana, tanto en el sector productivo como en el del comercio y de los servicios. Sin embargo, fue a partir del primer conflicto bélico mundial cuando los capitalistas de los Estados Unidos comenzaron a invertir masivamente en el Perú y de esta manera consolidaron el modelo de acumulación semicolonial. Este hecho produjo un profundo cambio en la estructura de poder vigente. El creciente control de los sectores más dinámicos de la economía por el capital estadounidense destruyó la alianza establecida en el periodo anterior. En esta alianza la oligarquía controlaba el sector productivo de la economía de exportación mientras que el capital extranjero dominaba el sector de la comercialización. En el nuevo acuerdo –puesto de manifiesto durante el régimen del presidente Leguía (1919-1930)– la burguesía peruana quedó totalmente sometida

al capital imperialista. Así, en los años veinte, estaba en curso de cumplirse el proceso de reacomodo de la estructura básica del orden oligárquico.

En segundo lugar, surgían signos claros de la erosión de la hegemonía política de la oligarquía. Como lo he señalado, el poder oligárquico se basaba en la alianza entre el capital imperialista, la burguesía nacional y los terratenientes precapitalistas; y, además, en la subordinación de las capas medias y en la exclusión de los campesinos y de la naciente clase obrera. Hacia los años veinte, este sistema político no podía seguir funcionando ni legítima ni eficazmente; se iniciaba así el largo periodo de crisis de la dominación oligárquica. Varios factores contribuyeron a esta crisis. Entre los más importantes podemos mencionar: el reacomodo de la alianza imperialista, cambio al que he aludido en el párrafo anterior; el crecimiento de las capas medias y de la clase obrera, consecuencia de la expansión de la economía de exportación y del cada vez más intenso proceso de urbanización; y, finalmente, la emergencia de los movimientos políticos, sociales y culturales críticos de la dominación oligárquica. Así, sin perder su poder económico, la burguesía peruana asistió a los primeros momentos de la desarticulación de su Estado y con ello comenzaba a desmoronarse la *pax oligarchica*.

En este contexto, empezaban a difundirse ideas, imágenes del mundo y motivaciones, cuestionando los sistemas de legitimación y de moralidad sobre los que se asentaba el orden oligárquico. Estos impulsos hacia el cambio del mundo intersubjetivo surgieron primero entre los intelectuales, y posteriormente, se propagaron entre las capas medias urbanas y entre los obreros. Aunque este complejo proceso no ha sido estudiado de manera sistemática, se han señalado por lo menos dos núcleos de problemas que habrían influido en esos cambios de mentalidad: primero, la derrota del Perú en la «guerra del Pacífico» y la creciente presencia del capital imperialista en la economía peruana; segundo, las insurrecciones indígenas y las luchas obreras en las dos primeras décadas del siglo XX. Lo primero porque puso en evidencia la debilidad del país como nación y la necesidad de reconstruirla sobre nuevas y más sólidas bases; así fue emergiendo una conciencia nacional. Lo segundo porque mostró la marginación de las masas indígenas y de los obreros y la necesidad de que alcanzaran su efectiva emancipación; así fue emergiendo una conciencia social.

Tuvo razón Mariátegui cuando escribió que Manuel González Prada (1844-1918) representó «un instante –el primer instante lúcido– de la conciencia del Perú»¹³. Efectivamente, fue el primero en denunciar el orden

¹³ J. C. Mariátegui. *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta, 1994: 255.

colonial como el mecanismo que reproducía y consolidaba el orden oligárquico; pues éste tenía como fundamento la dominación y marginación del indígena y en este hecho veía la causa de la ausencia de la efectiva integración nacional del Perú. Si bien el autor de *Páginas libres* no propuso un programa político destinado a lograr la emancipación de los indios, su prédica –liberal, primero; anarquista, después– influyó de manera significativa en la formación de lo que Mariátegui denominaría la «nueva generación». Por ello, se puede considerar a Manuel González Prada como el punto de partida de la conciencia moderna en el Perú.

II

Uno de los elementos centrales del desarrollo de esta conciencia moderna en el Perú se dio con la constitución de un campo literario relativamente autónomo en las últimas décadas del siglo XIX. En este proceso de emancipación del escritor de la subordinación al poder espiritual de la Iglesia Católica y al poder político y económico de la oligarquía señorial, González Prada jugó un papel fundamental al afirmar su independencia intelectual y moral. La creación del Círculo Literario¹⁴, en 1886, constituyó el esfuerzo mayor de los escritores impactados por la brutalidad de la guerra con Chile y por las miserias de un país vencido y humillado, y que se habían desvinculado del Club Literario por sus tendencias conservadoras, para establecer un espacio de debate sobre la regeneración de la nación peruana a la que veían como una nación enferma. Para González Prada, el Círculo Literario, al que describía, en el Discurso en el Teatro Olimpo, como la «pacífica sociedad de poetas i soñadores», debería asumir la tarea de «convertirse en centro militante i propagandista»¹⁵. Y cuando ocupa la presidencia de esta institución señaló el derrotero de los escritores comprometidos con la renovación social: «me veo desde hoy a la cabeza de un'agrupación destinada a convertirse en el partido radical de nuestra literatura»¹⁶. Se incluye así en la tradición intelectual iniciada por Francisco de Paula González Vigil (1792-1875), a quien consideró como al pensador que «allanó el camino» de los «hombres que en el Perú combaten por la Razón i la Ciencia contra la Fe i la ignorancia»¹⁷.

¹⁴ Sobre el Círculo Literario, véase el libro de Gonzalo Espino Relucé, *Imágenes de la inclusión andina: literatura peruana del XIX*. Lima: UNMSM, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Instituto de Investigaciones Humanísticas, 1999. Capítulo I.

¹⁵ Manuel González Prada. *Páginas libres*. 3ª ed. Lima: Editorial P.T.C.M., 1946: 36.

¹⁶ *Op. cit.*: 35.

¹⁷ *Op. cit.*: 106.

En 1885, González Prada escribió un artículo, a propósito de la muerte de Víctor Hugo, donde parece señalar sus propios objetivos literarios: «[Víctor Hugo] destruyó para construir, sublevó el espíritu nuevo contra el espíritu viejo i convirtió en campo de batalla la república literaria»¹⁸. Efectivamente, su quehacer intelectual estuvo centrado en la búsqueda del nuevo papel del escritor: comprometerlo en la lucha contra la herencia colonial y la tradición religiosa y en el combate por la regeneración de la sociedad peruana. Precisamente, en la «Conferencia en el Ateneo de Lima», insistirá en la necesidad de lograr la autonomía del campo literario con respecto al campo del poder y de la religión. Para alcanzar este objetivo, González Prada consideraba fundamental la ruptura con cultura española todavía dominante que mantuvo al país en el atraso y el oscurantismo, en una «indefinida prolongación de la niñez»¹⁹.

La ruptura con la cultura dominante, para González Prada, comenzaba con el idioma. El escritor podía alcanzar la libertad intelectual y moral desarrollando el castellano como lengua propia, pero con características definidas que tradujeran la especificidad de las condiciones socio-históricas de la realidad del país. Propuso, en esta dirección, modificar el castellano, no sólo en su ortografía sino también en su contenido cognoscitivo: la creación de una literatura nacional americana moderna. «La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo en todas partes), como en la sincera expresión del yo i en la exacta figuración del medio social»²⁰. El lenguaje tiene que expresar la especificidad social de los pueblos americanos, por esta razón se necesita una lengua americana propia²¹, porque «un idioma no es creación ficticia y convencional, sino resultado necesario del medio intelectual i moral, del mundo físico i de nuestra constitución orgánica»²². Sin embargo, consideraba que el idioma mantenía «fetichismos de palabras», y, en consecuencia, modificar el idioma implicaba enfrentarse al pasado y con ello al oscurantismo y al catolicismo. La «profanación» del idioma abría la posibilidad de crear otra cultura, que expresara a una nación renovada y, por ende, el ingreso en la modernidad²³. En la lucha por la emancipación literaria del colonialismo cultural español se encuentra uno de los aportes más significativos de González Prada en su quehacer como intelectual que desbroza el camino por donde

¹⁸ *Op. cit.*: 179.

¹⁹ *Op. cit.*: 25.

²⁰ *Op. cit.*: 26.

²¹ *Op. cit.*: 272: «Aquí en América i en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa o alimenticia, como extracto de carne [...]».

²² *Op. cit.*: 260.

²³ En «Notas acerca del idioma», en *Pajinas libres*. *Op. cit.*: 265.

transitarán las nuevas generaciones en su afán de transformar al Perú. «Su literatura anuncia –dice Mariátegui de González Prada– precisamente la posibilidad de una literatura peruana. Es la liberación de la metrópoli. Es, finalmente, la ruptura con el Virreinato»²⁴. Se trata por lo tanto del punto de partida de la construcción de la nación peruana.

En el «Discurso en el Palacio de la Exposición», González Prada puntualizó el papel que deben desempeñar los escritores en la tarea de regenerar la nación peruana ante el fracaso de los políticos: «En oposición a los políticos que nos cubrieron de vergüenza i oprobio se levantan los literatos que prometen lustre i nombradía»²⁵. Para cumplir con este papel los intelectuales tenían que sustentar su visión del mundo en la ciencia positiva pues sólo la razón les iluminaría el camino para conocer la realidad, permitiéndoles acceder a la verdad. Este radicalismo literario lo desarrolló en el «Discurso en el teatro Olimpo». Allí consideraba a los escritores como la vanguardia de la lucha por romper con el pasado colonial y como los promotores del nuevo orden social. «Cuando llegue la hora oportuna –dice González Prada–, cuando resuene el clarín i nuestras guerrillas se desplieguen por las más humildes provincias de la república, el Perú contemplará una cruzada contra el espíritu decrepito de lo pasado, una guerra contra todo lo que implique retroceso en la Ciencia, en el Arte i la Literatura»²⁶. Así, el escritor se le presentaba como un «sembrador de ideas»²⁷ que busca que el pueblo tome conciencia de su situación y tenga la capacidad de actuar decididamente en la tarea de la transformación intelectual y moral a la nación.

Por su propia naturaleza, por sus valores específicos, González Prada consideraba la existencia de un antagonismo radical entre el escritor y el político. Afirmaba que «la política es el mal», pues «se funda en el fraude, concusión y mentira»²⁸. Juzgaba que la actividad política en el Perú republicano trajo como resultado la postración del país, su atraso, la miseria de los sectores mayoritarios, en particular, la población indígena, «substrátum nacional» que «permanece como en los tiempos de la dominación española»²⁹. González Prada veía en el político, cuya actuación resume los males del Perú, porque está confinado únicamente a la búsqueda del poder, al

²⁴ José Carlos Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. *Op. cit.*:255.

²⁵ *Op. cit.*: 33.

²⁶ Manuel González Prada. *Páginas libres*. *Op. cit.*:38.

²⁷ *Op. cit.*: 43.

²⁸ *Op. cit.*: 168 y 160. Véase también «Los partidos y la Unión Nacional»: «Política quiere decir traición, hipocresía, mala fe, podré con guante blanco [...]», Manuel González Prada. *Horas de lucha*. Lima: Editorial Universo, 1972: 28.

²⁹ Manuel González Prada. *Páginas libres*. *Op. cit.*: 164.

responsable de la nefasta situación por la que atravesaba la sociedad peruana. Estimaba que el buen político era el que tenía éxito en la lucha por el poder del Estado y todo lo inmolaba por esta causa. La razón de Estado se convertía, en última instancia, en la justificación de la actividad del político. Como lo describe en «Propaganda i ataque», el político es un «sacerdote laico, todo lo sacrifica en aras del Dios-Estado, como el clérigo católico lo inmola todo en holocausto del Dios-Iglesia»³⁰. El político, aún el buen político, representaba para González Prada la mentira y el engaño que hicieron del Perú un país donde «no existe honradez privada ni pública»³¹.

A diferencia del político, González Prada consideraba al escritor como al «hombre verdaderamente libre»³², pues tenía la autonomía intelectual para desvelar la realidad. Podía despertar y abrirle los ojos a la muchedumbre y levantarle su espíritu adormecido para que sea libre. Como no está comprometido con el poder, puede ponerse a «la cabeza de los insumisos e indisciplinados»³³ arriesgando su vida, sin temerle a las dificultades y a los poderosos. «Para demandar justicia no aguarda hora propicia ni ocasión favorable, sino que la exige siempre en todo lugar, principalmente cuando se corre peligro al demandarla i cuando todos tiemblan i callan»³⁴. Puede ser considerado como un «hereje» pues «desea ver con sus ojos i caminar con sus pies»³⁵. Pero González Prada señalaba que los intelectuales no debían sustituir a los propios interesados; son los ciudadanos los que deben trabajar por su propia emancipación aunque, sin los intelectuales, las muchedumbres no sabrían a donde dirigirse: «Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes, viene de pensadores o solitarios»³⁶.

González Prada compara al escritor con el Gunnar de las leyendas escandinavas, el «héroe que entona un himno valeroso, mientras en su cuerpo s'enroscan serpientes i se apacientan víboras»³⁷. Estas serpientes y víboras que buscan subordinar al escritor son las religiones y particularmente la Iglesia Católica. Parte importante de las reflexiones de González Prada

³⁰ *Op. cit.*: 160.

³¹ *Op. cit.*

³² *Op. cit.*: 159.

³³ *Op. cit.*:

³⁴ *Op. cit.*:

³⁵ *Op. cit.*: 151.

³⁶ Manuel González Prada. *Horas de lucha*. *Op. cit.*: 45.

³⁷ Manuel González Prada. *Páginas libres*. *Op. cit.*: 29.

están dedicadas a la religión. Mas allá del debate sobre su ateísmo, lo importante, me parece, reside en la consideración de cómo las religiones y las iglesias se oponen a la libertad intelectual del escritor. Esa búsqueda de autonomía lo lleva a cuestionar el papel político de la religión. Para González Prada, la religión debería ser un asunto personal, «de uso íntimamente individual», una decisión que cada persona debe tomar, pero no debe ser parte de la política del Estado y en particular de la enseñanza. Por haber cumplido un papel político, el catolicismo ha sido el responsable del atraso del país; se ha opuesto a la ciencia moderna y en particular ha sido responsable del oscurantismo en el cual vive la mayor parte de la población del Perú.

Pero el escritor no podía quedarse aislado en su mundo literario. Debía «colaborar en una obra de rejeeneración social»³⁸: debía luchar por la emancipación del individuo. En nombre de los valores específicos de la literatura —«la honradez en el escritor, la verdad en el estilo i la verdad en las ideas»³⁹— tiene que intervenir en la vida política. Esta tarea del escritor como intelectual la precisó en el ensayo «Propaganda i ataque»: «Si alguien tiene obligación i derecho de inmiscuirse en las discusiones políticas, es el escritor, no para quedar oscurecido i anulado en ellas, sino para iluminarlas i ensancharlas; no para defender una legalidad de convención i mentira, sino para descubrir anchos horizontes de justicia; no para divagar sobre interpretaciones de leyes o subsistencias de formas tradicionales i pueriles, sino para elevar las cuestiones políticas al rango de cuestiones sociales»⁴⁰. Así, el escritor convertido en intelectual tiene una misión inseparablemente política: su actividad aparece a la vez estética, ética y cognoscitiva. Busca la belleza, el bien y la verdad.

Los modelos de este ideal de escritor González Prada los encuentra en Víctor Hugo y en Ernest Renan, en Europa, y en Francisco de Paula González Vigil, en el Perú. En los tres valora no solo la belleza del estilo, sino también la verdad de sus ideas y su compromiso con la emancipación humana. De ellos se puede decir lo que González Prada señalaba de Voltaire y de Hugo: «Ambos poseyeron l'audacia en las ideas, la universalidad de la inspiración, la constancia en el trabajo, la combatividad infatigable, la vejez sin decrepitud i la fuerza tenaz de arriesgarse a la vida»⁴¹.

González Prada siguió ese modelo de intelectual. Su trayectoria personal con disposiciones aristocráticas y su procedencia social privilegiada y

³⁸ *Op. cit.*: 166.

³⁹ *Op. cit.*: 43.

⁴⁰ *Op. cit.*: 166.

⁴¹ *Op. cit.*: 182.

su gran prestigio social y cultural le llevaron a desarrollar una obra que implicaba una ruptura con el pasado y a dar los primeros pasos en la lucha por la construcción de la nación peruana. Su rechazo a las limitaciones y prejuicios sociales, al colonialismo estético y al compromiso con una sociedad oscurantista y retrógrada, lo sacaron fuera del ámbito propiamente literario y lo empujaron a denunciar los males del país como punto de partida para alcanzar la necesaria transformación de la sociedad peruana.

La derrota del Perú en la guerra con Chile y la ocupación del país por el ejército vencedor fue el revelador de la nueva conciencia que surgía en los intelectuales más sensibles a la renovación social. «El Perú no sufrió calamidad más desastrosa que la guerra con Chile»⁴², señaló González Prada en el artículo «Perú i Chile». En efecto, fue el periodo más crítico y difícil del Perú republicano. El proyecto modernizador que se había iniciado con Manuel Pardo se vino a tierra y se inicia un periodo de desorganización económica, social y política; pero sobre todo aparece la sensación de frustración en los sectores intelectuales y profesionales por la incapacidad de la clase dominante para evitar la catástrofe. Pero también la guerra con Chile actuó como un reactivo que puso en evidencia las miserias y conflictos de la sociedad peruana; como dijo González Prada, puso «en relieve todos los vicios del vencido»⁴³, o como señaló en el artículo sobre Grau de 1885: «en la guerra con Chile, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra»⁴⁴. Aunque a la clase dominante la derrota no le enseñó nada y mantuvo las mismas políticas y los mismos vicios, para los escritores e intelectuales, como los que se reunían en el Círculo Literario, significó el agujijón que los impulsó a actuar de manera perentoria para regenerar a una nación empobrecida y desgarrada.

González Prada abandonó su aislamiento literario e incursionó en la política. El Círculo Literario se transforma, en 1891, en un partido, la Unión Nacional⁴⁵. González Prada había criticado duramente a los partidos políticos. Los consideraba «alianzas de vientre»⁴⁶ o «sindicatos de ambiciones malsanas, clubs eleccionarios o sociedades mercantiles»⁴⁷, cuyo objetivo

⁴² *Op. cit.*: 72.

⁴³ *Op. cit.*: 162.

⁴⁴ *Op. cit.*: 61.

⁴⁵ Sobre la formación de la Unión Nacional, véase: Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú*. 6ª ed. Lima: Editorial Universitaria, 1969. T. IX: 223-226. También es útil consultar, aunque con una perspectiva tendenciosa contraria a González Prada a quien trata de «político demagogo», el libro de Carlos Miró Quesada Laos. *Autopsia de los partidos políticos*. Lima: Ediciones Páginas Peruanas, 1961: 197-206.

⁴⁶ Manuel González Prada. *Páginas libres*. *Op. cit.*: 161.

⁴⁷ Manuel González Prada. *Horas de lucha*. *Op. cit.*: 13.

consistía en utilizar al Estado no para servir al bien común sino para beneficio personal o de grupo. Los partidos sin programas y conducidos por caudillos –«agentes de las grandes sociedades financieras, paisanos astutos que hicieron de la política una faena lucrativa o soldados impulsivos que vieron en la Presidencia de la República el último grado de la carrera militar»⁴⁸– hundieron al Perú y fueron responsables de la derrota en la guerra con Chile.

A diferencia de los partidos políticos existentes, la Unión Nacional se proponía llevar adelante una revolución intelectual y moral y buscaba que las buenas intenciones se convirtieran en «una acción eficaz, enérgica y purificadora»⁴⁹. Se presentaba como un partido de principios y no de caudillos y se comprometía a terminar con las malsanas tradiciones políticas peruanas. El programa de la Unión Nacional⁵⁰ se destaca, sobre todo, por su planteamiento democrático liberal y tenía como fundamento ideológico el «inalienable derecho a la propiedad privada». Consideraba que el pleno ejercicio de la ciudadanía requería de individuos educados y propietarios. El programa apuntaba al establecimiento de un Estado democrático de derecho: la división de poderes, señalando la responsabilidad de los parlamentarios y del presidente de la república, la garantía de los derechos civiles y políticos y el establecimiento de una Guardia Republicana integrada por todos los ciudadanos. Además, como González Prada había señalado en 1888, en «Propaganda i ataque», la necesidad de «elear las cuestiones políticas al rango de cuestiones sociales»⁵¹, el programa del partido proponía «recuperar por iniciativa oficial las propiedades usurpadas a las comunidades indígenas»⁵².

Para el Perú de fines del siglo XIX el establecimiento de un estado democrático de derecho constituía efectivamente una posición radical. Cuando el poder económico, social, político y cultural era detentado por una minoría de grandes propietarios agrícolas de la costa y de la sierra, con el apoyo directo de los militares y el respaldo de la Iglesia Católica, la lucha por la ampliación de la ciudadanía se convertía en un proyecto revolucionario. La modernización de la sociedad peruana a la que apuntaba la Unión

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*: 23.

⁵⁰ Según Adriana González Prada en *Mi Manuel* (Lima: Editorial Cultura Antártica, 1946: 176) el partido le encargó a Manuel González Prada la redacción del Programa. También señala que el nombre que quería darle era Partido Radical, pero aceptó el de Unión Nacional, táctica utilizada por los organizadores porque «disimularía sus propósitos radicales».

⁵¹ Manuel González Prada. *Páginas libres*. *Op. cit.*: 166.

⁵² Manuel González Prada. *Figuras y figurones*. Lima: Librería y Distribuidora Bendezú, 1969. Apéndice: 112.

Nacional pasaba necesariamente por profundos cambios económico-sociales y por una amplia reorganización del Estado.

El eje de estos cambios residía en la emancipación de la población indígena de la servidumbre. En el «Discurso en el Politeama» señalaba que el Perú fue derrotado por la situación de servidumbre del indio y comparándola con los ciudadanos libres que triunfaron en Francia durante la Revolución escribió: «Con las muchedumbres libres aunque indisciplinadas de la revolución, Francia marchó a la victoria; con los ejércitos de indios disciplinados i sin libertad, el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un siervo ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la Edad Media, sólo combatiré por el señor feudal»⁵³. La servidumbre del indio era el resultado de la herencia colonial y de la actuación de los caudillos y los terratenientes que no se interesaron en modernizar la sociedad peruana, en «sembrar el trigo y extraer el metal»⁵⁴, sino que vivieron a expensas del Estado y del trabajo servil del indio. Por esta razón, el Perú no llegó a construirse en una verdadera nación.

Encontramos aquí uno de los elementos centrales y articuladores del pensamiento de González Prada. Toda su polémica con la iglesia y los políticos gira en torno a la necesidad de convertir al Perú en una verdadera nación, esto es, en «inocularnos el fermento de la vida moderna»⁵⁵. Para González Prada, seguramente influido por Renan, «la patria no es sólo el pedazo de tierra que hoy bebe nuestras lágrimas i mañana beberá nuestra sangre, sino también el molde especial en que se vacía nuestro sér, o mejor dicho, l'atmósfera intelectual y moral que respiramos»⁵⁶. Es una concepción metafísica de la nación, pues se trata de una entidad que tiene su propia sustancia de naturaleza intelectual y moral a la que los individuos tienen que incorporarse. Cuando la nación no logra integrar a los individuos que la constituyen se produce una situación patológica: un momento de anomia y de ausencia de sentido y de metas colectivas. Sólo una revolución intelectual y moral podía revertir esa situación y por ello González Prada propugnaba una profunda renovación educativa para la formación intelectual y moral de la población excluida.

⁵³ Manuel González Prada. *Páginas libres*. *Op. cit.*: 65. «Por eso, cuando el más oscuro soldado del ejército invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros desde el primer jeneral hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo, éramos siervos de la Edad Media que invocábamos al señor feudal», *Ibid.*: 66. También en *Horas de lucha*. *Op. cit.*: 187: «[...] durante la guerra del Pacífico los indígenas miraban la lucha de las dos naciones como una contienda civil entre el general Chile y el general Perú [...]».

⁵⁴ Manuel González Prada. *Páginas libres*. *Op. cit.*: 67.

⁵⁵ *Op. cit.*: 77.

⁵⁶ *Op. cit.*: 78.

González Prada consideraba a la nación peruana como un «organismo enfermo». Las causas de la enfermedad las encontraba en la exclusión de población mayoritaria del país: los indios que forman el verdadero Perú: «La nación –escribió– está formada por las muchedumbres de indios diseminados en la banda oriental de la cordillera»⁵⁷. Pero esta población no había sido incorporada a la nación pues se mantenía la escisión impuesta por la conquista española entre la república de los indios y la república de los españoles, división que la Revolución de la Independencia no eliminó sino acentuó.

Observaba que el indio no era un ciudadano, «no tiene derechos sino obligaciones» y estaba sometido a un «verdadero régimen feudal» que tenía su núcleo en la hacienda y en el hacendado o gamonal. Por eso consideraba que la forma de gobierno que existía en el país no podía llamarse república democrática porque «dos o tres millones de individuos viven fuera de la ley»⁵⁸. Reparaba en la presencia de una alianza entre los terratenientes serranos de las provincias y la oligarquía limeña. «Existe una alianza ofensiva y defensiva –escribió–, un cambio de servicios de servicios entre los dominadores de la capital y los de provincia: si el gamonal de la sierra sirve de agente político al señorón de Lima, el señorón de Lima defiende al gamonal de la sierra cuando abusa bárbaramente del indio»⁵⁹.

¿Cómo incorporar al pueblo indígena a la nación? En el «Discurso en el Politeama», González Prada planteaba que la educación era la clave para redimirlo: «[...] enseñadle siquiera a leer i escribir, i veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre»⁶⁰. Pero en los años siguientes va a ir modificando este punto de vista. Sobre todo cuando considera que la política es insuficiente para resolver los problemas de la emancipación del individuos. Y pone el énfasis en la cuestión social, en la necesidad de solucionar los problemas económicos y sociales que aquejaban al país. Ya en el programa de la Unión Nacional había señalado la necesidad de hacer del indio un propietario. Pero es en «Nuestros indios» donde con más claridad expresa su pensamiento sobre la necesidad de la propiedad para cambiar «radicalmente la psicología del hombre». Por eso sostuvo que «la cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social»⁶¹.

⁵⁷ *Op. cit.*: 67.

⁵⁸ Manuel González Prada. *Horas de lucha*. *Op. cit.*: 184.

⁵⁹ *Op. cit.*: 181.

⁶⁰ Manuel González Prada. *Páginas libres*. *Op. cit.*: 67.

⁶¹ Manuel González Prada. *Horas de lucha*. *Op. cit.*: 188.

Ciertamente, como han señalado diversos autores, no encontramos en González Prada un «sistema de pensamiento ordenado»⁶², aunque –como hemos visto– la preocupación por hacer del Perú una verdadera nación es uno de los ejes centrales que da sentido a sus reflexiones. Sin embargo, no logró proponer un programa de reorganización de la sociedad peruana capaz de alcanzar ese objetivo ni señaló los medios más adecuados para llevarlo adelante; pero sus artículos y conferencias lograron imponer una manera de ver el país y su necesaria renovación; sobre todo logró una amplia influencia en los sectores más instruidos de la población limeña y provinciana. Esta tradición fue asumida por los jóvenes intelectuales que surgen a la vida política después de la primera guerra mundial, la «nueva generación». Y dentro de ellos, probablemente uno de los más impresionados por el pensamiento de González Prada, fue el joven estudiante trujillano Víctor Raúl Haya de la Torre quien, entre 1924 y 1939, desarrollará y plasmará en un programa político los ideales de transformación social que González Prada había avizorado.

III

Los «hombres de la nueva generación» –como los denominaba José Carlos Mariátegui– surgieron a la vida intelectual y política del Perú en los años veinte. Fueron escritores, historiadores, economistas, artistas; pero todos ellos tenían en común la preocupación por la «realidad profunda del Perú» y un «espíritu de renovación»⁶³. Se diferenciaban de la «vieja generación» –novecentista o «futurista»– no solamente por sus preocupaciones teóricas y políticas sino, también, por sus orígenes sociales, y se acercaban no a la letra sino al espíritu de Manuel González Prada: su integridad ética, su honradez intelectual y su rebeldía política. Pertenecían al amplio y heterogéneo conglomerado de grupos sociales a los que se les puede denominar capas medias⁶⁴.

⁶² Entre otros, Karen Sanders. *Nación y tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana, 1885-1930*. Lima: PUC/FCE, 1997: 236.

⁶³ Esta caracterización de la nueva generación se encuentra en el artículo de José Carlos Mariátegui «Hacia el estudio de los problemas peruanos», en *Peruanicemos al Perú*. Lima: Amauta, 1986: 69-73.

⁶⁴ Sobre las características de las capas medias en el Perú, véanse los artículos: de C. Germaná, «Las capas medias y el problema de las alianzas de clase», en *Sociedad y política*. N° 8, Lima, febrero de 1980, especialmente en las pp. 31-32; de A. Quijano, *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú*. Lima: Mosca Azul Editores, 1985, donde trata de las consecuencias que tuvo la dominación imperialista sobre esos grupos sociales, especialmente pp. 51-54, y de M. Sarfatti Larson y A. Eisen Bergman. *Social Stratification in Peru*, *op. cit.*: 11-128.

En los primeros decenios del siglo XX se produjo un proceso de desintegración de las capas sociales correspondientes a los terratenientes y comerciantes medios de las provincias donde se había producido una importante concentración de la propiedad de la tierra causada por la expansión de la economía de exportación⁶⁵. Cuatro fueron los grupos principales donde se reconstituyeron las capas medias durante ese período. En primer lugar, los profesionales liberales; si bien tenían un papel importante en la sociedad peruana en la etapa previa, su número creció como consecuencia de la expansión de la matrícula universitaria y jugaron un papel decisivo en la constitución del movimiento antioligáquico. En segundo lugar, la burocracia civil y militar del Estado; esta capa social crece y se estabiliza con la consolidación de las instituciones estatales y con la regularización del sistema fiscal. En tercer lugar, los empleados de comercio y de oficina; su expansión se debió al rápido desarrollo de la economía de exportación, en particular, el comercio de exportación e importación y las actividades financieras y bancarias. En cuarto lugar, los pequeños propietarios (agrícolas, comerciantes, industriales) cuya producción logra reorientarse hacia las ciudades o hacia las empresas exportadoras. La reorientación de las antiguas capas medias hacia los grupos que he indicado fue un proceso heterogéneo y conflictivo. En gran medida, las transformaciones ideológicas y políticas del Perú, en los tres primeros decenios del siglo XX, estuvieron determinadas por ese proceso.

Algunos sectores de las capas medias se sintieron solidarios con el sistema oligárquico y desarrollaron ciertas formas de lealtad clientelística hacia la clase dominante; más aún, encontraban en los empleos del Estado o de las empresas imperialistas la posibilidad de ascender socialmente y de tener un empleo considerado «decente»⁶⁶. Otros sectores, en cambio, se opusieron al sistema oligárquico y quisieron cambiarlo de raíz. Entre ellos se contaban los estudiantes, los profesionales, los intelectuales y capas medias asalariadas. A diferencia de lo ocurrido en otros países de América Latina, donde presionaron para lograr una ampliación del sistema político y finalmente alcanzar un compromiso con la oligarquía, en el Perú, por el contrario, estas capas sociales, no sólo lucharon por la democratización del Estado sino, también, por la reorganización de la estructura productiva. En este sentido es sugerente la hipótesis planteada por A. Quijano de la

⁶⁵ Este proceso es descrito por P. Klaren. *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*. Lima: IEP, 1970.

⁶⁶ José Carlos Mariátegui percibió estas características de las capas medias. Véanse sus análisis de lo que él denominaba «psicología política» de esas capas sociales en «Punto de vista anti-imperialista», en *Ideología y política*. Lima: Amauta, 1969.

«revolución antioligárquico-nacionalista como el equivalente histórico y teórico» de la revolución democrático-burguesa europea⁶⁷.

Tuvieron también una influencia significativa en la radicalización de las capas medias algunos de los acontecimientos políticos mundiales más importantes de ese período: la Revolución Rusa y, sobre todo, dos movimientos nacionalistas en países semicoloniales: la Revolución Mexicana y el Kuo Ming Tang chino.

La revolución bolchevique de 1917 fue el telón de fondo del imaginario de los movimientos sociales y políticos de los años veinte. En efecto, ese movimiento revolucionario aparecía como la esperanza de la consecución de un nuevo orden social basado en la justicia y contrapuesto al capitalismo que había llevado a los países europeos a la barbarie de la guerra. Si bien el marxismo -o mejor, su versión rusa, el leninismo- sólo atrajo a una minoría, el ideal de justicia social fue reivindicado por toda la nueva generación⁶⁸.

Este ideal abstracto, se encarnaría en una revolución geográfica y socialmente más cercana a la nueva generación de peruanos y le serviría de modelo en sus afanes renovadores: la Revolución Mexicana, particularmente la del período heroico; esto es, desde el año 1910 –el inicio de la insurrección contra Porfirio Díaz– hasta el año 1917 –proclamación de la Constitución de Querétaro. Si bien esta revolución no tenía una ideología definida, dos de sus reivindicaciones se convertirían en los ejes del programa de la «nueva generación»: el nacionalismo -entendido como la lucha contra la dominación extranjera– y la democracia –entendida como la lucha antioligárquica y la emancipación de los campesinos indígenas.

Pero, un modelo al que los nacionalistas peruanos recurrieron para organizarse políticamente fue el Kuo-Min-Tang chino. En este «Partido Nacionalista del Pueblo» fundado por Sun Yat Sen se encontraría el ejemplo que siguieron los hombres de la nueva generación para expresar sus reivindicaciones nacionalistas y democráticas. La similitud es tan evidente que cuando el Apra se transformó en el Partido Nacionalista Liberador por iniciativa de Haya de la Torre, Mariátegui lo calificaría de «Kuo Min Tang latinoamericano»⁶⁹.

⁶⁷ A. Quijano, «Revolución democrático-burguesa y revolución antioligárquica nacionalista. El proceso del Estado en el Perú», en *Homines*. N° 1-2, febrero-diciembre 1983: 167-184.

⁶⁸ Sobre las repercusiones de la Revolución Rusa entre los intelectuales y los trabajadores de Perú, véase: César Lévano. *José Carlos Mariátegui: la revolución de Octubre. Escritos 1917-1930*. Lima: Siglo XX, 1977.

⁶⁹ José Carlos Mariátegui. *Ideología y política*. Lima: Amauta, 1969: 89.

Así también, dos movimientos culturales influyeron en la conformación del espíritu de la generación nacionalista radical: la reforma universitaria y el indigenismo. Para la «nueva generación» la universidad era considerada como el refugio del espíritu colonial; allí se formaban y reproducían los intelectuales de la oligarquía. Contra ese espíritu se alzaron los estudiantes que provenían en su gran mayoría de las capas medias, al menos desde el primer decenio del siglo XX. Pero sus demandas sólo iban a adquirir forma definitiva en el movimiento de los estudiantes de la universidad de Córdoba (Argentina) en el año 1918, propagándose desde allí al resto de países latinoamericanos⁷⁰. En el Perú, ese movimiento fue dirigido por la Federación de Estudiantes del Perú y alcanzó su mayor intensidad en 1919. José Carlos Mariátegui –desde el periódico *La Razón*– lo apoyó de manera decidida⁷¹. El sentido principal de la reforma universitaria fue la lucha contra el sistema oligárquico de poder en la universidad. El objetivo de los estudiantes fue desterrar a los representantes de la oligarquía del control de la Universidad de San Marcos de Lima, pues consideraban que la dirigían como si se tratase de una de sus haciendas. Así, la democratización de la universidad era entendida como una forma de ampliar el acceso de las capas medias a la enseñanza superior.

De otro lado, el indigenismo se convirtió en otro de los ingredientes principales del nacionalismo radical. Se han dado múltiples interpretaciones del sentido del movimiento indigenista; sin embargo, es posible encontrar en todas ellas un elemento central: el reconocimiento de la explotación del indio y la necesidad de alcanzar su emancipación. Para la «nueva generación» el antecedente más importante respecto al problema del indio fue la prédica demoledora de Manuel González Prada quien denunció sin concesiones al gamonalismo; ciertamente, no propuso un programa tendiente a la abolición de la servidumbre, pero su actitud acusadora se mantendrá en la generación renovadora.

Sin duda alguna, quien mejor encarnó el sentimiento nacionalista y democrático de las capas medias fue Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979). En 1919, como presidente de la Federación de Estudiantes del Perú había llevado adelante la lucha por la reforma universitaria. En 1920, conjuntamente con la Federación de Obreros textiles funda la «Universidad Popular González Prada» en Lima y en Vitarte, poniendo en ejecución un

⁷⁰ Un excelente estudio sobre el significado del movimiento de la reforma universitaria y una selección de sus textos fundamentales se encuentra en: Juan Carlos Portantiero. *Estudiantes y política en América Latina*. México: Siglo XXI, 1978.

⁷¹ Sobre José Carlos Mariátegui y el movimiento de la reforma universitaria véase: A. Melis, «José Carlos Mariátegui y la reforma universitaria», en *Apuntes*. N° 10, Lima, 1980: 73-80.

acuerdo del Primer Congreso de Estudiantes (Cuzco, 1919). En 1923, impulsa el movimiento de oposición a la consagración del Perú al Corazón de Jesús, ceremonia promovida por el gobierno de Leguía con el objeto de legitimar su segundo mandato presidencial. Ese mismo año es deportado con el pretexto de que conspiraba para derrocar al gobierno, pero, en realidad, porque se quería alejar del país al molesto joven opositor. En 1924, en México, establece las bases programáticas y organizativas de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Todas estas actividades estuvieron inspiradas por un profundo sentimiento antioligárquico y antiimperialista al que le fue dando forma teórica y política en *Por la emancipación de América Latina* (Buenos Aires, 1927), donde reúne artículos publicados entre los años 1923 y 1924, y sobre todo en su libro más importante *El Antimperialismo y el Apra* escrito, según su autor en 1928, pero publicado por primera vez en Santiago de Chile en 1936⁷².

La crítica del Estado en el Perú es el punto de partida del proyecto político. En los análisis de V. R. Haya de la Torre este problema tiene dos ejes principales: por una parte, el señalamiento de la contradicción entre la realidad histórico-social –feudal o semifeudal– y el sistema político –liberal y democrático–; y por otra, la constatación de la profunda y permanente inestabilidad del Estado desde la Revolución de la Independencia, pues éste no representaba a la nación peruana. La explicación de estos dos hechos los encontraba en la forma como se había constituido el Estado en el Perú.

Para Haya de la Torre, con la conquista española se estableció el feudalismo en el Perú, donde el poder era detentado por los grandes propietarios terratenientes. La Revolución de la Independencia no sólo no modificó ese orden social sino que lo afirmó, pues lo liberó del control de la metrópoli. Con respecto a ello señaló: «Desde el punto de vista netamente económico, la emancipación de los pueblos hispanoamericanos estuvo dirigida, conducida por la clase latifundista criolla que quiso emanciparse del control económico y político de la Corona de España»⁷³.

Por este motivo, desde la perspectiva de Haya de la Torre, el Estado republicano se configuró como un Estado feudal o semifeudal, aunque sus instituciones fueran liberales y democráticas. La causa de esta paradójica oposición la encontraba en la necesidad que tuvo el movimiento de la inde-

⁷² Ambos libros se encuentran incluidos en: V. R. Haya de la Torre. *Obras Completas*. Lima: Juan Mejía Baca, 1977, t. I y IV respectivamente. Además son importantes para examinar las ideas de Haya de la Torre de este período: «Ideario y acción aprista» (1931), en t. I, «Construyendo el aprismo» (1933) y «¿A dónde va Indoamérica?» (1935), en t. II y «Política Aprista» (1933), t. V.

⁷³ V. R. Haya de la Torre. «Política Aprista», en *Obras Completas*. *Op. cit.* T. V: 56.

pendencia de importar el liberalismo de Europa, pues carecía de una ideología propia; los terratenientes adoptaron la «ideología de la revolución francesa» aunque en el Perú «el orden económico significaba lo contrario» a esos principios⁷⁴. Así pues, la ideología democrático-liberal no encontraba el sustento económico y social necesario para desarrollarse. «Si el indio es el siervo» –decía Haya de la Torre–, la política liberal «no coincide con la realidad económica»; en este sentido, las instituciones salidas de la Revolución de la Independencia son «regímenes políticamente inadaptables a los sistemas sociales»⁷⁵.

Por otra parte, el Estado en el Perú no sólo era antidemocrático sino que, además, tenía un carácter antinacional, puesto que estaba sometido a la voluntad del imperialismo a pesar de declararse soberano e independiente. En este sentido, Haya de la Torre sostuvo: el Estado «dentro de su presente arquitectura económica feudal o semifeudal-capitalista depende ineludiblemente del imperialismo, se convierte en su instrumento de dominación en nuestros países y no puede hallar otra dirección económica que la de entregarse a la esclavitud que le impone el imperialismo»⁷⁶. En consecuencia, el Estado no expresaba los intereses de la nación sino que, por el contrario, constituía el instrumento que utilizaba el imperialismo para oprimirla. El imperialismo, además de explotar económicamente al país, lo «subyuga y explota también como nación» al despojarlo de su «soberanía nacional» y de su «libertad nacional». Por eso, para Haya de la Torre, la revolución antiimperialista tendría como tarea principal «peruanizar el Estado»; esto es, rescatarlo del dominio imperialista y convertirlo en la expresión de los intereses de las mayorías nacionales⁷⁷.

Pero, por su carácter extranjero, el imperialismo necesitaba del concurso de los grupos internos para ejercer su dominio. Este papel lo desempeñó la clase terrateniente, la que «a cambio de una política de concesiones, empréstitos y otras operaciones» se convertiría en intermediaria del capital extranjero, deviniendo, día a día, su «agente y súbdito». Esta asociación constituiría la estructura del poder en el Perú⁷⁸.

Si la Revolución de la Independencia, en el siglo XIX, trajo como consecuencia el predominio de la clase feudal en el control del Estado, la presencia del imperialismo, en el siglo XX, significó su consolidación. Este

⁷⁴ V. R. Haya de la Torre. «Ideario y acción aprista» (1931), en *Obras Completas. Op. cit.* T. I: 168-169.

⁷⁵ V. R. Haya de la Torre. «Política aprista». *Op. cit.* T. V: 56.

⁷⁶ V. R. Haya de la Torre. «El Antimperialismo y el APRA», en *Obras Completas. Op. cit.* T. IV: 88.

⁷⁷ V. R. Haya de la Torre. «Política aprista». *Op. cit.* T. V: 66.

⁷⁸ V. R. Haya de la Torre. «El antimperialismo y el APRA». *Op. cit.* T. IV: 148.

hecho tuvo como consecuencia la constitución de un «indefinido y bamboleante» aparato estatal, pues, a diferencia de lo ocurrido en los países europeos, donde el Estado es «el producto de una clase», en el Perú ha sido la expresión de un pequeño grupo, de una oligarquía donde predominaban «personas que tienen algo del caníbal y del señor civilizado»⁷⁹. Un Estado débil e inestable, extraño a las mayorías nacionales y representando únicamente a una minoría «no es una institución definida, una máquina lista»⁸⁰. Por ello, la vida política del país sería la permanente guerra civil entre caudillos, civiles o militares.

Para superar la crisis política del país, Haya de la Torre propuso como alternativa la constitución del «Estado antimperialista»⁸¹, el cual asumiría la defensa de la nación frente al capital extranjero y permitiría superar la débil organización democrático-liberal existente y adecuarla a la realidad del país.

El punto de partida para la instauración del «Estado antimperialista» era, para Haya de la Torre, la conquista del poder político. Parafraseando a Lenin, dijo que la cuestión fundamental de la lucha antimperialista en Indoamérica era la cuestión del poder. Fue éste precisamente el problema que buscó resolver en *El antimperialismo y el Apra*. Allí se señala que son las clases oprimidas por el imperialismo y los terratenientes las que deben apoderarse del poder: las clases medias, los campesinos y la clase obrera.

Haya de la Torre consideraba a los obreros una clase constituida fundamentalmente por trabajadores agrícolas y mineros, de aparición muy reciente, cuantitativamente pequeña en el conjunto de las clases explotadas y sin la experiencia necesaria para desarrollar una conciencia de sus verdaderos intereses de clase; estas características le llevaron a afirmar que la clase obrera peruana no podía dirigir la revolución y establecer la dictadura del proletariado⁸². Si la clase obrera era minoritaria, en cambio, los campesinos constituían la población mayoritaria del país; pero por las condiciones de explotación a las que estaban sometidos, en el latifundio feudal o semifeudal, se «encuentran en un estado primitivo, no han podido desarrollarse y carecen de conciencia de clase»; en consecuencia, «no están capacitados para dominar por sí mismos la colectividad y conducir el gobierno del Estado»⁸³.

⁷⁹ V. R. Haya de la Torre. «Política aprista». *Op. cit.* T. V: 58.

⁸⁰ V. R. Haya de la Torre. «¿A dónde va Indoamérica?», en *Obras Completas. Op. cit.* T. II: 207.

⁸¹ Esta es la idea central desarrollada en «El antimperialismo y el APRA». *Op. cit.*

⁸² V. R. Haya de la Torre. «El antimperialismo y el APRA». *Op. cit.* T. IV: 32.

⁸³ V. R. Haya de la Torre. «Política aprista» *Op. cit.* T. V: 63-64.

Así pues, ni el «joven proletariado industrial», ni el «vasto e ignaro campesinado» pueden dirigir la revolución antiimperialista; esta tarea Haya de la Torre la asigna a las «empobrecidas clases medias». Pues son estas capas sociales las más violentamente agredidas por el imperialismo, pero, a su vez, son las más cultas lo que les permite tener una conciencia más nítida de su acción, y encabezar la lucha antiimperialista. Por eso, «de sus filas aparecen los primeros agitadores y los más decididos y heroicos soldados de las etapas iniciales del antimperialismo»⁸⁴.

Para que las clases oprimidas pudieran luchar eficazmente contra el imperialismo y la clase feudal, Haya de la Torre consideraba indispensable su organización en un partido político. Este debería ser el Apra y, en cuanto tal, no podría seguir manteniéndose en calidad de frente político –como había venido funcionando hasta 1928. El proyecto inicial implicaba que cada clase mantendría su autonomía organizativa. Haya de la Torre negaba esa posibilidad porque consideraba que debilitaría la fortaleza necesaria de la lucha antiimperialista⁸⁵.

Tras la conquista del poder por las clases antiimperialistas y la destrucción del Estado «feudal-colonial», ¿cuáles serían las tareas de la revolución triunfante? Ciertamente, por tratarse de una sociedad donde la economía era básicamente feudal o semifeudal y el capitalismo incipiente y extranjero, a Haya de la Torre, la revolución socialista se le presentaba inviable. «Es absurdo –escribe– improvisar en nuestra realidad económica y social, colonial o semicolonial, «feudal o semifeudal», una Indoamérica industrial, capitalista y dueña de todos los refinamientos de la técnica, donde el periodo del dominio burgués se halla cumplido [...]»⁸⁶. Entonces, como no se puede «hacer saltar a la historia sobre sus ineludibles etapas», Haya de la Torre propone

[...] el Apra sostiene que antes de la revolución socialista que llevaría al poder al proletariado –clase en formación en Indoamérica–, nuestros pueblos deben pasar por períodos previos de transformación económica y política y quizás por una revolución social –no socialista– que realice la emancipación nacional

⁸⁴ V. R. Haya de la Torre. «El antimperialismo y el APRA». *Op. cit.* T. IV:33.

⁸⁵ Con respecto al papel que debería jugar el Apra en la conquista del poder se señala en «El antimperialismo y el APRA»: «El Apra debe ser una organización política, un partido. Representa y defiende a varias clases sociales que están amenazadas por el mismo peligro, o son víctimas de la misma opresión. Frente a un enemigo tan poderoso como es el imperialismo, deviene indispensable agrupar todas las fuerzas que puedan coadyuvar a resistirlo. Esa resistencia tiene que ser económica y política simultáneamente, vale decir, resistencia orgánica de partido. Como tal, el Apra debe contar con su disciplina y táctica propias». *Op. cit.*: 64.

⁸⁶ *Op. cit.*: 86-87.

contra el yugo imperialista y la unificación económica y política indoamericana. La revolución proletaria, socialista, vendrá después⁸⁷.

Desde esta óptica, la «revolución social, no socialista» iba a tener dos tareas principales: la reivindicación de la soberanía nacional frente a la dominación imperialista y la emancipación de los campesinos indios de la opresión feudal.

La lucha por la «libertad nacional» significaba la independencia del yugo imperialista lo cual posibilitaría el desarrollo autónomo de la economía, la política y la cultura de la nación peruana. Por eso, la propuesta de lograr «la segunda independencia» era, para Haya de la Torre, «la más urgente tarea histórica de nuestra época»⁸⁸ y a la cual deberían subordinarse las otras reivindicaciones de las clases dominadas.

Por otro lado, la lucha antifeudal constituía el contenido de la reivindicación democrática, pues permitiría ampliar la ciudadanía a los campesinos indios marginados social y políticamente. Pero, al mismo tiempo, la desfeudalización de la agricultura significaría un paso adelante en la lucha contra el imperialismo puesto que éste tenía a la clase feudal como agente y soporte interno. Así, la lucha antifeudal formaba parte de la lucha antiimperialista y esto es lo que sostiene Haya de la Torre en *El antimperialismo y el Apra*: «En los países predominantemente agrarios, en los que rige el feudalismo, siendo éste el aliado principal del imperialismo, la derrota del aliado principal será la tarea primaria».

El instrumento del frente único de las clases oprimidas sería el «Estado antimperialista» y éste llevaría a cabo la lucha por la democratización de la sociedad y la constitución de la nación. Haya de la Torre le asignaba el papel de «Estado-defensa» de las clases mayoritarias del país –campesinos, obreros y clases medias– del imperialismo que las amenazaba y que buscaría impedir el triunfo de la revolución.

En la Revolución mexicana Haya de la Torre encontró el modelo de Estado que debería construirse así como de los errores que deberían evitarse. Concluyendo sus reflexiones sobre esta experiencia sostuvo que la «revolución antifeudal y antiimperialista triunfante no puede utilizar el viejo aparato del Estado (liberal-burgués) para hacerlo servir a sus propósitos», pues de utilizarlo «caeríamos inexorablemente en el rodillo del imperialismo»⁸⁹. Por consiguiente, el «Estado antimperialista» tendría caracte-

⁸⁷ *Op. cit.*: 85.

⁸⁸ *Op. cit.*: 83.

⁸⁹ *Op. cit.*: 107.

rísticas propias: por una parte, su organización económica sería la del «capitalismo de Estado»; por otra, su organización política, la «democracia funcional».

El «Estado antimperialista» dirigiría la economía nacional, negando «los derechos individuales o colectivos de orden económico cuyo uso implique un peligro imperialista»⁹⁰. A esta nueva organización económica Haya de la Torre la denominó «capitalismo de Estado». Sostenía que el desarrollo del capitalismo nacional en los países semicoloniales no podía basarse en la propiedad privada y en el capitalismo liberal, puesto que de implantarse este «sistema clásico del capitalismo» la revolución «caería pronto en el engranaje del imperialismo del que ningún organismo nacional burgués puede escapar»⁹¹.

Este razonamiento se fundaba en la concepción de la naturaleza de la burguesía nacional, que Haya de la Torre tenía en ese período. Para él, el poderío económico del imperialismo –«primera etapa del capitalismo en los países coloniales»⁹²– subordinaba las incipientes burguesías nacionales antes de que éstas pudieran desarrollarse y convertirse en clases capaces de defender su autonomía nacional. Por eso consideraba imposible conciliar «la libertad absoluta individual en materia económica con la lucha contra el imperialismo»⁹³. En consecuencia, el «Estado antimperialista limitará el ejercicio de uso y abuso –*jus utendi, jus abutendi*– individuales, coartará la libertad económica de las clases explotadoras y medias y asumirá, como en el Capitalismo de Estado, el contralor de la producción y del comercio progresivamente»⁹⁴.

Haya de la Torre afirmaba que su concepción del «capitalismo de Estado antimperialista» se diferenciaba tanto del «capitalismo de Estado en Rusia» como del «capitalismo de Estado de Alemania durante la guerra imperialista». Lo distinguía del primero por su sustento social: en Rusia el Estado era dirigido por el proletariado que ejercía «su dictadura sobre la pequeña burguesía y las clases medias»; por el contrario, en América Latina, la dirección del Estado estaría dada por un frente de clases, donde las «clases medias» –y no el proletariado– serían los grupos hegemónicos⁹⁵. Del segundo lo diferenciaba por su rol económico: en Alemania el capitalismo de Estado desarrolló el imperialismo; en América Latina, sería la de-

⁹⁰ *Op. cit.*: 102.

⁹¹ *Op. cit.*: 103.

⁹² *Op. cit.*: 18-19.

⁹³ *Op. cit.*: 103.

⁹⁴ *Ibid.*

⁹⁵ *Op. cit.*: 108.

fensa de la opresión imperialista y un «sistema de transición hacia una nueva organización social»⁹⁶.

Otro aspecto clave de las reflexiones de Haya de la Torre se vinculaba con la organización política del «Estado antimperialista». Al concluir el capítulo VII de *El antimperialismo y el Apra*, sostiene la idea de que el nuevo Estado se organizaría sobre la base de «una estructura política de democracia funcional basada en las categorías del trabajo»⁹⁷. Si bien en este libro no existen otras referencias al tema, es posible reconstruirlo utilizando artículos periodísticos o discursos de este período⁹⁸.

Para comprender los alcances del concepto de «democracia funcional» en Haya de la Torre es necesario referirse a sus análisis sobre las relaciones entre la economía y la política. Desde esta perspectiva, sostiene que, en el Perú, ha prevalecido un «concepto empírico de la política» y no «la forma científica de la política que se basa en la economía»⁹⁹. Por eso, la «nueva democracia» debería significar «la vinculación del concepto de economía al concepto de política como indispensable para el sabio dominio del Estado»¹⁰⁰. Con lo cual se propuso superar la distinción del pensamiento liberal entre la sociedad civil (los derechos del hombre) y la sociedad política (los derechos de los ciudadanos); distinción que hacía posible la conciliación de la contradicción entre el individualismo de los propietarios y la participación política de los trabajadores.

En la propuesta de Haya de la Torre, entonces, el Estado aparece como un mecanismo político y como un mecanismo económico. Controla la producción y la reproducción del capital y a la vez integra a los trabajadores, desapareciendo toda mediación política entre sociedad civil y sociedad política. Por lo tanto, ya no se trataba de ciudadanos formalmente iguales, sino de individuos que tendrían un determinado lugar o función en la división social del trabajo y, en tanto tales, se incorporarían al Estado. El «Estado antimperialista» no tendría como sostén al «ciudadano como cantidad» sino al «ciudadano como calidad»; esto es, como trabajador. Haya de la Torre dejaba de lado con estas formulaciones la ideología liberal de la igualdad formal (política) de individuos (económicamente) desiguales. En el Estado, el «ciudadano-trabajador», «manual o intelectual», intervendría en las de-

⁹⁶ *Op. cit.*: 103.

⁹⁷ *Op. cit.*: 104.

⁹⁸ Los más importantes se encuentran reunidos en el libro «Política aprista», *Op. cit.*: «Discurso ante el Primer Congreso Nacional del Partido Aprista Peruano» (1931), «Discurso-programa» (1931), «Discurso del 8 diciembre de 1931» y «Manifiesto del 12 de noviembre de 1933».

⁹⁹ V. R. Haya de la Torre. «Política aprista». *Op. cit.* T. V: 55.

¹⁰⁰ *Ibid.*

cisiones políticas «sin abandonar su función vital de trabajador». De esta manera se iría construyendo una «democracia de plena participación» o «democracia funcional»¹⁰¹.

IV

Las ideas de Haya de la Torre que he expuesto muestran la presencia dominante de algunas de las reflexiones e intuiciones de González Prada sobre el Perú: el papel de la conquista española en el origen de la dualidad entre la costa y la sierra, entre criollos e indios; la incapacidad de la Revolución de la Independencia para construir una nación moderna por haber mantenido al indio, la población mayoritaria del Perú, en condiciones de servidumbre; la ficción que representaba la existencia de un Estado nacional democrático pues éste era la alianza de los grandes propietarios de la costa y de la sierra. Sin embargo, existe un tema importante sobre la realidad peruana que analiza Haya de la Torre pero que no aparece en González Prada: la presencia del imperialismo. La dominación económica y política del capital extranjero aliado a los terratenientes feudales y semif feudales fue uno de los núcleos del diagnóstico sobre el Perú del líder aprista.

También Haya de la Torre compartió con González Prada el objetivo de luchar por convertir al Perú en una nación moderna, propuesta que tenía como requisito básico la emancipación del indio de la dominación feudal o semifeudal; esto es, la independencia nacional y la democratización de la vida social. En González Prada este cambio sería posible por la instauración de un Estado de derecho democrático liberal; Haya de la Torre propugna, más bien, el Estado antiimperialista, basado en el capitalismo de Estado y la democracia funcional. Además, Haya de la Torre elaboró una estrategia orientada por este objetivo: la creación de un partido político, el Apra, que articularía a las clases explotadas por el imperialismo y que lucharía para conquistara el poder del Estado y construir un nuevo orden social. En Haya de la Torre, a diferencia de González Prada, encontramos el diagnóstico y la estrategia para realizar en el Perú «una revolución social, no socialista».

El fracaso de la Unión Nacional, el partido que fundó González Prada, puede ser explicado por la inexistencia de una clase burguesa con capacidad, fuerza e interés en impulsar una revolución democrática. Los escasos y débiles núcleos burgueses existentes en el Perú hacia fines del siglo XIX y los inicios del siglo XX se subordinaron, sin ningún cuestionamiento, a

¹⁰¹ *Ibid.* 147.

los intereses de los propietarios terratenientes y del capital extranjero. Haya de la Torre pudo percibir mejor que González Prada esta situación del proceso político burgués liberal, sus ambigüedades y frustraciones frente al campo del poder. Por esta razón -y este es el elemento central del proyecto aprista de los años treinta- la emancipación nacional y la democratización de la sociedad peruana solo serían posibles por una revolución antioligárquica y nacionalista impulsada y dirigida por las capas medias. Hacia mediados de la década de 1950, como una adaptación a los cambios económicos y sociales del Perú en ese periodo, Haya de la Torre y el Apra abandonan su planteamiento radical y se instalan en una perspectiva socialdemócrata. Sin embargo, las profundas fuerzas sociales que habían estado impulsando el movimiento aprista no habían desaparecido y el proyecto antioligárquico y nacionalista radical fue retomado y llevado adelante por el régimen militar del general Velasco Alvarado (1968-1975) Se cierra así, paradójicamente, un ciclo de la historia peruana: el sueño liberal de González Prada sería realizado por un gobierno militar y autoritario.

Bibliografía

BASADRE, Jorge

1969 *Historia de la República del Perú*. 6a ed. Lima: Editorial Universitaria. Tomo IX.

CLOTTER, Julio

1978 *Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: IEP.

COSSÍO DEL POMAR, Felipe

1946 *Haya de la Torre. El indoamericano*. Lima: Nuevo Día.

CHANG-RODRÍGUEZ, Eugenio

1957 *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*. México: Ediciones Andrea.

CHAVARRÍA, Jesús

1979 *José Carlos Mariátegui and the rise of modern Peru. 1890-1930*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

ESPINO RELUCÉ, Gonzalo

1999 *Imágenes de la inclusión andina: literatura peruana del XIX*. Lima: UNMSM /Facultad de Letras y Ciencias Humanas / Instituto de Investigaciones Humanísticas.

GERMANÁ, César

- 1980 «Las capas medias y el problema de las alianzas de clase», en *Sociedad y Política*. N° 8, Lima, febrero de 1980.
1995 *El «socialismo indo-americano» de José Carlos Mariátegui: proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana*. Lima: Amauta.

GONZÁLEZ PRADA, Adriana de

- 1947 *Mi Manuel*. Lima: Editorial Cultura Antártica.

GONZÁLEZ PRADA, Manuel

- 1946 *Páginas libres*. 3a ed. Lima: Editorial P.T.C.M.
1969 *Figuras y figurones*. Lima: Librería y Distribuidora Bendezú.
1972 *Horas de Lucha*. Lima: Editorial Universo.

HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl

- 1977 *Obras completas*. Lima: Juan Mejía Baca. 5 t.

KLAREN, Peter

- 1970 *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del Apra*. Lima: IEP.

LÉVANO, César

- 1977 *José Carlos Mariátegui: la revolución de Octubre. Escritos 1917-1930*. Lima: Siglo XX.

MARIÁTEGUI, José Carlos

- 1969 *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.
1969 «Punto de vista anti-imperialista», en *Ideología y Política*. Lima: Amauta.
1986 *Peruanicemos al Perú*. Lima: Amauta.

MELIS, Antonio

- 1980 «José Carlos Mariátegui y la reforma universitaria», en *Apuntes*. N° 10, Lima.

MIRÓ-QUESADA LAOS, Carlos

- 1961 *Autopsia de los partidos políticos*. Lima: Ediciones Páginas Peruanas.

PODESTÁ, Bruno

1975 *El pensamiento político de González Prada*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

PORTANTIERO, Juan Carlos

1978 *Estudiantes y política en América Latina*. México: Siglo XXI.

QUIJANO, Aníbal

1983 «Revolución democrático-burguesa y revolución antioligárquica nacionalista. El proceso del Estado en el Perú», en *Homines*. N° 1-2, febrero-diciembre.

1985 *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú: 1890-1930*. Lima: Mosca Azul Editores.

SÁNCHEZ, Luis Alberto

1930 *Don Manuel: biografía de Manuel González Prada, precursor de la revolución peruana*. Lima: Librería Francesa Científica F. y E. Rosay.

1986 *Nuestras vidas son los ríos... Historia y leyenda de los González Prada*. Lima: Fundación del Banco de Comercio.

SANDERS, Karen

1997 *Nación y tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana, 1885-1930*. Lima: PUCP / FCE.

SARFATTI, M. y A. AISEN

1969 *Social Stratification in Peru*. Berkeley: University of California.

THORP, R. y G. BERTRAN

1985 *Perú: 1890-1977. Crecimiento y políticas en una economía abierta*. Lima: Mosca Azul Editores.